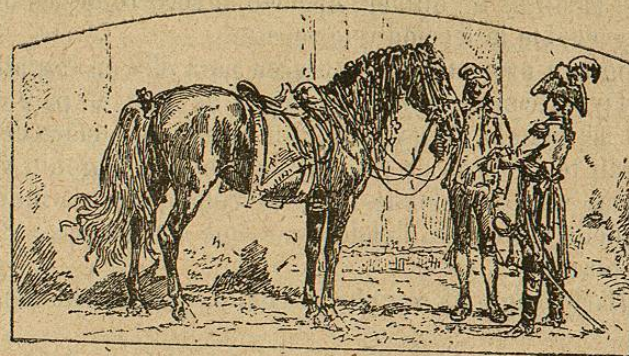
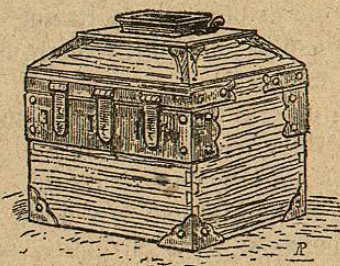


más oportuno: vuelve cuando los sacerdotes, venciendo las indecisiones y escrúpulos de Luis XVI, le impulsan á huir, le envían á Varennes, ó lo que es lo mismo, á la traición y la deshonra. ¿Cómo para este grande espectáculo podríamos pasarnos sin Voltaire? Es preciso que venga á París para presenciar la derrota de Tartufo. El es el héroe de la fiesta. En el momento en que el cura deja su trama tenebrosa estallar en pleno día, Voltaire no puede dejar de levantarse de su sepulcro. Advertido por la audaz revelación de Tartufo, saca la cabeza fuera de su féretro y dice al otro con la risa formidable que hizo temblar los templos y los tronos: «Somos inseparables; tú te quedas aquí, pero yo también me quedo.»



CAPITULO XII

Precedentes de la huida del rey

Luis XV preocupado del retrato de Carlos I, Luis XVI de la historia de Carlos I y de Jacobo II.— Luis XVI no quiere abandonar su reino.—La Europa se muestra contenta de ver dividida la Francia.—Rusia y Suecia recomiendan la evasión.—Austria da el plan (Octubre del 90).—El proyecto es en apariencia francés, pero en realidad obra del extranjero.—El rey extranjero por su madre, é indiferente como cristiano á la nacionalidad.—El rey herido en sus nobles y en sus sacerdotes.—Doblez del rey y de la reina: engañan á todo el mundo.—Toda la familia real, especialmente la reina, contribuye á la pérdida del rey.—Preparativos imprudentes de la huida del rey (Marzo y Mayo del 91).

No puedo visitar el Museo del Louvre sin detenerme y soñar por mucho tiempo, aunque no quiera, ante el Carlos I pintado por Van-Dick. Este cuadro contiene á la vez la historia de Inglaterra y la de Francia. Sobre nuestros asuntos ha tenido una influencia directa que rara vez alcanzan las obras de arte. El pintor, sin darse cuenta de ello, puso sobre el lienzo el destino de dos monarquías.

Hasta la historia del cuadro es muy curiosa. Es preciso tomarla de muy lejos para explicar cómo fué traído á Francia.

Cuando el ministerio Aiguillon-Maupeou quiso decidir á Luis XV á derribar el Parlamento, tuvo ante todo que realizar una operación difícil: devolver al viejo rey la voluntad; rehacer de él al hombre. Para esto había que cerrar su serrallo donde se extenuaba y hacerle aceptar una querida única, reducirlo á una sola mujer. Nada tan difícil. Era preciso que esta querida fuese una mujer loca y alegre, que supiera poner á las otras en la puerta y al mismo tiempo que no tuviera mucho talento, pero que tuviera el bastante para repetir siempre la misma lección.

Madama Du Barry fué esta mujer y desempeñó su papel maravillosamente. Esta singular Egeria le inspiraba el orgullo real á todas horas; pero nada hubiera conseguido de un hombre tan blando si como

apoyo de sus palabras no hubiera apelado al socorro de los ojos, haciendo sensible y visible la lección que repetía.

Sus amigos y protectores compraron para ella en Inglaterra el cuadro de Van-Dyck, con el extraño pretexto de que el paje que aparece tras Carlos I se llamaba Barry. Era, por tanto, un cuadro de familia.

Esta gran tela, digna de respeto como obra del genio y como monumento de las tragedias del destino, fué colgada (¡cosa indigna!) en la alcoba de aquella cortesana, donde tenía que oír sus risas y presenciar sus viciosos placeres.

La Du Barry cogía al rey por el cuello, y enseñándole á Carlos I, le decía así:

—¿Ves tú La Francia?—ella apodaba así á Luis XV.—Ahí tienes á un rey que le cortaron el cuello por ser débil con su Parlamento. Aprende á domar el tuyo.

En aquel pequeño gabinete, de techo bajo, el gran cuadro visto de cerca y ocupando la pared del techo al suelo, hubiera causado un efecto penoso á un hombre de más corazón y de sentimientos menos amortiguados. Ninguno que no fuese el embrutecido Luis XV hubiera podido soportar sin sufrimiento esa triste y noble mirada del Carlos I de Van-Dyk, donde se lee toda una revolución, esos ojos llenos de fatalidad que penetran por los ojos del observador.

Hay que recordar que el gran maestro, por esa suerte de adivinación propia del genio, pintó á Carlos I como en los últimos días de su fuga; vestido de simple caballero, en campaña contra los *cabezas redondas*, enemigos de su corona. En el fondo se ve la mar solitaria, inhospitalaria. Este rey del mar, este lord de las islas tiene á la mar por enemiga. Ante él, el Océano salvaje: detrás, el cadalso que le espera.

Este cuadro melancólico fué colocado, en el reinado de Luis XVI, en sus departamentos de Versalles, y siguió al rey entre los muebles que se llevó á París. Ningún otro cuadro podía causar tan fuerte impresión sobre él. Luis XVI se preocupaba mucho de la historia de Inglaterra y especialmente de Carlos I. Leía asiduamente á Hume y otros historiadores ingleses en su propia lengua. En ellos había aprendido que Carlos I fué decapitado por haber hecho la guerra á su pueblo y Jacobo II destronado por haber abandonado su pueblo. Su idea fija era no seguir la muerte del uno ni del otro, de no tirar de la espada contra su pueblo ni abandonar el suelo de Francia.

Indeciso en sus palabras, lento en sus resoluciones, era sin embargo obstinado en aquellas ideas que había aceptado una vez. Ninguna influencia, ni aún la de la misma reina, podía hacerle variar. Esta resolución firme de no iniciar nada, de no comprometerse, estaba de perfecto acuerdo con la natural inercia de su carácter. Mostrábase enfadado con los emigrados que se agitaban en la frontera gritando, amenazando, blandiendo sus espadas sin inquietarse de si con ello agravaban la situación del rey, del que se llamaban amigos.

Luis XVI sentía además otro escrúpulo para hacer la guerra. Era éste la necesidad de apoyarse en el extranjero. Conocía muy bien el estado de Europa; las miras interesadas de las potencias. Veía el espíritu intrigante y ambicioso de la Prusia que se creía joven, fuerte y muy militar, llevando á todas partes la perturbación para en el desorden apoderarse de algo.

Desde 1789 la Prusia se ofrecía á Luis XVI para entrar en Francia con cien mil hombres. Por otra parte, el maquiavelismo de Austria no le era menos sospechoso. El no amaba á los Janos de dos caras y le era poco simpático el emperador austriaco, devoto y filósofo á un tiempo. Era para él una tradición paternal y maternal la desconfianza al austriaco. Su madre era de la casa de Sajonia: su padre, el Delfín, creyó morir envenenado por Choiseul, hechura de la emperatriz María Teresa y que fué quien casó á Luis XVI con una austriaca. Por esto, aunque unido á María Antonieta por lazos de tierno cariño, se mostraba huraño y desconfiado cuando ésta le hablaba de recurrir á la protección de su hermano Leopoldo.

La reina no tenía otro medio. Ella desconfiaba mucho de los emigrados. No ignoraba que entre ellos se trataba de destronar á Luis XVI y nombrar un regente. Veía al lado de su cuñado, el conde de Artois, su más terrible enemigo, á Mr. de Calonne, que de mano propia había anotado y corregido el folleto de madama de Lamothé, publicado contra ella á raíz del afrentoso asunto del collar. De este lado tenía ella más que temer que del lado de la Revolución.

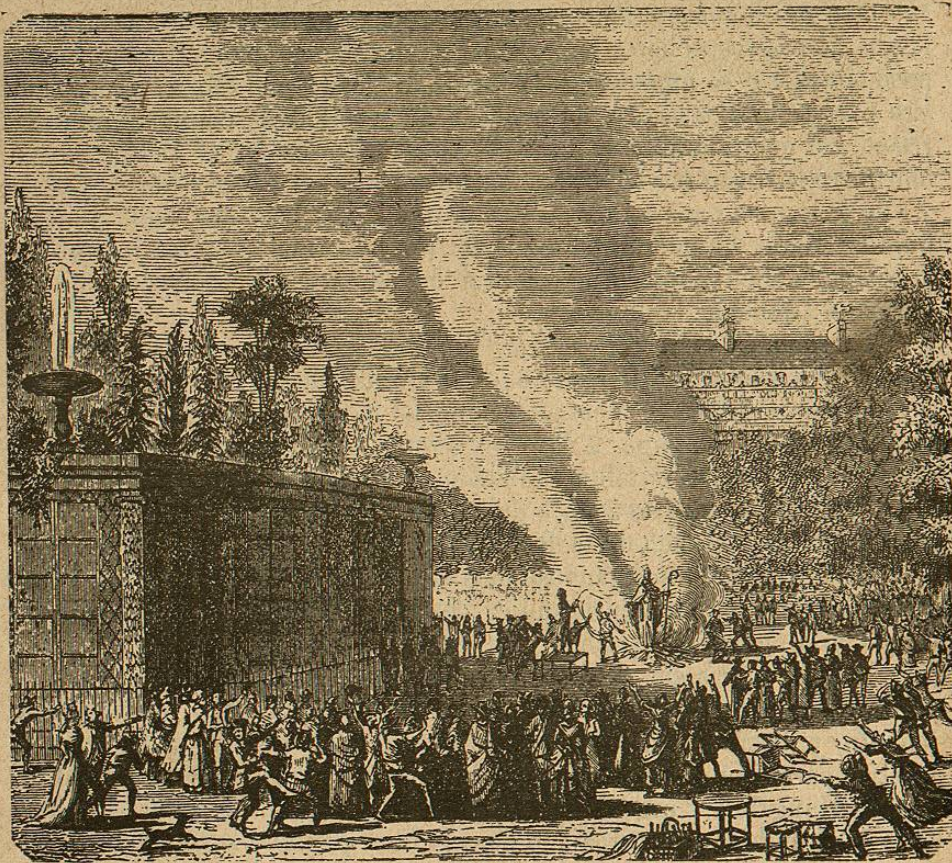
La Revolución, no fijándose más que en la reina, sólo pedía su cabeza: Calonne se fijaba en la mujer, hacía su proceso, deshonoraba á la esposa y la cubría de oprobio.

Era partidaria sin vacilación de los planes de Austria y de sus representantes Mercy y Breteuil. Si entretuvo á Mirabeau y después á Lameth y Barnave, fué para ganar tiempo. Este tiempo lo necesitaba Austria para salir de su situación embarazosa con las cuestiones de Brabante, Hungría y Turquía. Hacía falta este tiempo también para que Luis XVI, hábilmente trabajado por el clero, perdiera sus escrúpulos de rey, conservando únicamente los de cristiano y devoto. La idea de un deber superior era lo único que le podía hacer faltar á lo que él creía su deber.

El rey, si hubiera querido, habría podido con facilidad partir solo á caballo y sin escolta. Este era el plan de Clermont-Tonnerre. Pero el plan no gustaba á la reina. Por nada del mundo consentía ella en separarse del rey. Temía que éste al alejarse cediera á las insinuaciones de sus hermanos contra ella.

María Antonieta se aprovechó de la emoción sufrida por su marido el 6 de Octubre, cuando se creyó próximo á perecer. Llorando le hizo jurar que jamás se separaría de ella, que caso de partir, partirían juntos y que juntos se salvarían ó perecerían. Hasta le exigió que al escapar no se aceptara el plan de salir cada uno por camino diferente.

Luis XVI rehusó en la primavera del 90 los ofrecimientos que se le hicieron para su fuga. No quiso aprovechar la temporada que en el mismo año pasó en Saint-Cloud, de donde podía haber huído con facilidad, pues todos los días salía á caballo ó en coche, corriendo muchas leguas. El rey no quería dejar abandonada tras su fuga á ninguna persona de su familia, ni la reina, ni el delfín, ni madama Isabel, ni Mes-



El pueblo quemando en Palais Royal la efigie del Papa (Pág. 559.)

dames sus tías. La reina, por su parte, no podía decidirse á abandonar á tal dama que era su confidente, ó á tal otra depositaria de sus secretos. Sólo querían partir en masa, en falanje, formando como un cuerpo de ejército.

En el verano del 90 el asunto del juramento de los sacerdotes turbó profundamente la conciencia del rey y le impulsó á escribir á las potencias y protestar. El 6 de Octubre del 90 envió su primera protesta á una corte unida por el parentesco, á su primo el rey de España, que era de todos los soberanos el que le inspiraba menos desconfianza. Después

escribió al emperador de Austria, á Rusia y á Suecia, y en último lugar el 3 de Diciembre se dirigió á la potencia que le era más sospechosa por el interés que tenía en mezclarse en los asuntos de Francia: me refiero á Prusia.

Lo que pedía á todos era «un congreso europeo apoyado por la fuerza armada», sin explicar si su deseo era que esta fuerza marchase contra la Revolución.

Los reyes no se mostraban faltos de apetito. El Norte bostezaba. La Revolución de Polonia era inminente: estalló por fin en la primavera (3 de Mayo) y preparó un nuevo desmembramiento. Los otros estados que habían de ser devorados más pronto ó más tarde, Turquía y Suecia, parecían tener contados sus días. Lieja y Brabante acababan de ser tragados. El turno le llegaría á Francia cuando estuviese madura.

«Los reyes—decía Camilo Desmoulins—han gustado ya la sangre de los pueblos y no se detendrán fácilmente. Ya es sabido que los caballos de Diomedes, habiendo probado una vez la carne humana, no quisieron comer otra cosa.»

Solamente faltaba, para que la Francia resultase madura y tierna antes de meterla el diente, que ella fuese machacada por la guerra civil. Por esto los reyes aconsejaban la lucha contra el pueblo. La gran Catalina escribía á María Antonieta para animarla á la resistencia estas palabras que resultan sublimes entre reinas: «Los monarcas deben seguir su marcha sin inquietarse de los gritos del pueblo, como la luna sigue su curso sin detenerse por los ladridos de los perros.»

Para sacar á la luna monárquica de su eclipse en Francia, la excelente Catalina animaba á toda Europa, valiéndose activamente de la pluma y de la lengua. Si ella lograba libertando á Luis XVI desencadenar la guerra civil y después llevar á todos los reyes á echar suertes sobre el cadáver de la Francia, ¿cuán fácil le sería sin estorbo alguno beberse la sangre de Polonia y sorber la médula de sus huesos?

Cuando se intentó la evasión fué el embajador de Rusia quien se encargó de dar á María Antonieta un pasaporte de dama rusa. Catalina no enviaba socorros, pero encontraba muy bien que Gustavo III, el pequeño rey de Suecia (que ella había batido y que ahora era su amigo), rey de espíritu inquieto, romántico y aventurero, buscase su aventura en Aix á las puertas de Francia. Allí, con el pretexto de tomar las aguas, debía esperar á la hermosa reina fugitiva con su esposo, ofrecerles su invencible espada y sin interés enseñar al buen Luis XVI cómo se restauran los tronos.

La Austria, en posesión desde los tiempos de Choiseul de la alianza con Francia por el matrimonio de Luis XVI, tenía un interés más directo en la evasión del rey. La única condición que la fiel aliada exigía para su intervención, era la siguiente: *que comenzase la guerra civil.*

Desde Octubre del 90 los consejeros de la reina, los dos hombres del Austria, Mercy y Breteuil, insistían por la evasión.